

migo á sus fronteras, le concedisteis generosamente un armisticio. Pero al mismo tiempo que él simulaba hacer proposiciones pacíficas, se preparaba para la guerra.

«Pues bien, nosotros tambien estamos preparados, y la paz que generosamente le ofrecíamos la obtendremos por la fuerza en su capital.

«¡Soldados! la lucha no será larga; es contra el mismo enemigo á quien habeis derrotado en Santa Lucía.

«Dios está con nosotros, porque nuestra causa es justa: alerta, soldados; seguid por segunda vez, seguid á vuestro jefe encanecido en el servicio de las armas; seguidle á la guerra y á la victoria. Yo seré testigo de vuestras hazañas. Será el último y mas placentero acto de mi prolongada vida de soldado, si en la capital de un enemigo desleal puedo condecorar el pecho de mis valientes camaradas con la insignia de su valor conquistada con la sangre y la gloria.

«¡Adelante, soldados! ¡ Á Turin! Sea esta nuestra palabra de orden; en ella encontraremos la paz por la cual combatimos. ¡ Viva el emperador! ¡ Viva la patria! —Radetzki.»

El ejército piomontés carecia de la organizacion y de la disciplina necesarias para emprender una guerra seria. Las máximas de la demagogia mas exagerada eran semillas de constante insubordinacion en las filas de unos soldados procedentes de todas las regiones de la Italia. Las derrotas anteriormente sufridas fomentaban mas bien el temor que la confianza, sobre todo teniendo que combatir un ejército al mando de uno de los mas ilustres y famosos capitanes.

Radetzki habia meditado fria y sósegadamente el plan de sus operaciones. El 21 de marzo los austríacos y piomonteses se avistaron en Montara, donde en noble y sostenida lid las águilas del imperio alcanzaron la importante victoria, preludio de la definitiva de Novara.

El 23 tuvo lugar la accion definitiva; los piomonteses comprendian que estaban jugando la partida que iba á decidir por muchos años la suerte de su nacion, y esta idea les hizo en algunos actos arrojados hasta el heroismo; despues de escenas memorables en las que el rey y sus hijos dieron pruebas de casi legendario valor, la toma de la *Bicocca* por los imperialistas resolvió el litigio empeñado.

La figura de Carlos Alberto, segun afirman los historiadores de todas las opiniones, tomó en aquella batalla proporciones colosales. Era un leon que imponia respeto á sus mas decididos adversarios, y que, convencido ya de la imposibilidad de vencer, solo aspiraba á morir.

El general Santiago Durando le asió del brazo para apartarle del inminente peligro: «Dejadme, exclamó el Monarca; este ha de ser mi último dia, quiero caer aquí; despues de esta jornada la vida ha de serme insoportable.» Con mucha dificultad sus mas leales servidores lograron apartarle del lugar del peligro.

Llegado á los muros de Novara, teniendo al lado á sus dos hijos los duques de Saboya y de Génova, dirigióse á sus ayudantes de campo, al ministro Cordona y al general en jefe del ejército, diciéndoles: «No soy ya rey; mi hijo es vuestro soberano; en él abdicó; mi mision está concluida.»

Dió gracias á los que le habian servido con celo y constancia, y añadió: «Iré lejos, tan lejos como pueda de mi patria á buscar mi sepulcro; puesto que

no he podido libertar á la Italia, me marcharé á extraña tierra: llegue á ser mi hijo mas venturoso que yo en el trono.»

En vano los circunstantes enternecidos le suplicaban desistiese de su grave propósito. Carlos Alberto partió á media noche, sin mas compañía que un fiel criado, escogiendo á Oporto, situada en la playa de Portugal mas distante del suelo italiano, donde á no tardar exhaló su último suspiro.

La conducta de Carlos Alberto fue severa aunque exactamente expuesta y juzgada por Radetzki en un manifiesto dirigido á las tropas en el acto de reanudar las operaciones militares con el Piamonte. Tambien merece ser conocido aquel documento que llevaba la fecha del 16 de marzo de 1849.

«En el momento en que voy á sacar otra vez la espada para defender los derechos del emperador mi amo y mantener la integridad de la monarquía, debo á mi valiente ejército y á la santidad de la causa que defiende una explicacion sobre la conducta de mi adversario y la mia. El poder de una causa justa es grande; en esto fundo mi esperanza, y no temo dejar á los contemporáneos y á la posteridad el cuidado de decir si la razon está de parte del emperador, ó del rey de Cerdeña. La posesion de Italia es su objeto constante. Mientras que en sus notas diplomáticas se leian expresiones hipócritas de amistosa y buena vecindad, las columnas de su ejército pasaban el Tésino y penetraban en Lombardía. Olvidando los lazos de parentesco que unen su casa á la casa imperial, olvidando que la casa de Saboya debe al Austria la conservacion de su corona, violando la santidad de todos los tratados y despreciando las leyes que aun los pueblos bárbaros respetan, se ha arrojado con su ejército sobre nuestro territorio, como el ladron que espera el momento de ausencia del dueño para cometer impunemente el robo.

«El origen de esta guerra es conocido. Bajo la proteccion de varios Gobiernos de Italia se habia formado una sociedad con el visible objeto de realizar la unidad de Italia destruyendo la dominacion austríaca. Sin la expulsion de los austríacos de los llanos de Lombardía, no era posible realizar este proyecto. Los que conocen la Italia, su historia, el origen de sus Estados y de su constitucion, sus poblaciones y su carácter, podrán convencerse de que los jefes de este movimiento, que tan de cerca amenazaba á los Gobiernos, no podian creer en la realizacion de la unidad italiana. Su primer pensamiento era la ruina de todo Gobierno legal, y del Austria en particular, para que despues naciese de la sangre y de las ruinas una república roja.

«En esta comedia política se habia dado á Carlos Alberto el principal papel; se contaba con su ejército, con sus instintos belicosos, y con los recursos que podia ofrecer al movimiento proyectado. La concentracion de mis fuerzas en mis recursos militares fue considerada por Carlos Alberto como una falta, como el abandono de Lombardía. ¡ Grave error! Entonces poseia medios suficientes para hacer que Milan se arrepintiese de su rebelion, pero no hice uso de ellos. Sabia que la solucion de la cuestion no dependia de la destruccion de una ciudad que por otra parte queria conservar á mi emperador y amo. Carlos Alberto cruzó como en triunfo la Lombardía sin hallar resistencia, creyéndose ya dueño del país, porque ignoraba la diferencia que hay entre ocupar y conservar. Solo en el Mincio encontró al ejército imperial.

«Allí terminó su marcha, pues fue derrotado, y tuvo que cruzar de nuevo la Lombardía, huyendo con mas rapidez que cuando entró triunfante. Delante de Milan quiso resistir á mi ejército victorioso; entonces me hubiera sido

fácil hacerle rendir las armas, porque mi ejército era dueño de sus comunicaciones, y en dos días se habría podido cortar al enemigo la retirada de esta ciudad.

«La vanguardia del ejército enemigo se hallaba desorganizada. Estaba seguro de que no hallaría obstáculos en mi marcha; sin embargo, concedí un armisticio á mi adversario. Permití que todos los que se habían comprometido saliesen de Milan; los habitantes de Milan no esperaban ser tratados con tanta indulgencia; pero, usando de esta moderacion, creí que obraba con arreglo á los deseos del Gobierno de mi emperador y soberano. Yo sabía que Austria quería defender su buen derecho y rechazar un ataque desleal, sin hacer conquistas ni motivar una guerra general en Europa, y por esta razon me detuve á las orillas del Tessino. Cuando Carlos Alberto se repuso de sus anteriores reveses y reorganizó de nuevo sus fuerzas, volvió á adoptar su antiguo sistema de intrigas, y alegando sutiles é indignos pretextos, se negó á evacuar á Venecia y no ejecutó el artículo 4.º del armisticio.

«Me ví por lo tanto obligado á usar de represalias y á retener el parque de artillería de sitio que estaba en Peschiera, hasta que las tropas y la escuadra piemontesas abandonasen la ciudad de Venecia y el mar Adriático. La escuadra abandonó las aguas de Venecia, pero no volvió á los puertos de los Estados sardos, con arreglo al artículo 4.º del armisticio, sino á Ancona, donde continuó favoreciendo la insurreccion de Venecia. Carlos Alberto se consideraba siempre como el dueño absoluto de la Lombardia, y formó con los fugitivos lombardos un Consejo de Gobierno, el cual expidió decretos como si fuese el Gobierno legítimo del país. Imprimíanse en el cuartel general del Rey los boletines mas mentirosos y mas absurdos, y despues se difundian en toda la Lombardia para propagar y mantener en el pueblo la agitacion y la ceguera. Los agentes malvados de las provincias sublevadas del imperio eran tratados por el Rey y sus Cámaras como si fuesen enviados de potencias amigas. Estos hombres repartian proclamas incendiarias á mis soldados, incitándoles á la desercion. Estos infames reclutadores y los desertores hacian un papel importante en el cuartel general del Rey:

«Si yo hubiera podido prever que la dignidad real se había de envilecer de este modo en la persona de Carlos Alberto, no le habría ahorrado la vergüenza de hacerlo prisionero en Milan; nunca habría olvidado que entre la dignidad y la persona existe una gran diferencia. Los acontecimientos políticos han sido causa de que el armisticio se prolongue mas de lo que se había pensado en el momento de su conclusion. El Piemonte aprovechó este tiempo para hacer grandes preparativos de guerra. En una palabra, el armisticio ha sido un engaño, á pesar de que el Rey protestó de sus intenciones pacíficas al tiempo de pedirlo. El Rey no había olvidado la pérdida de la corona de hierro, de la cual se creía ya poseedor, y no podía resistir á la idea de verse tan rápidamente privado de la fama de gran capitán á que aspiraba.

«Los hombres moderados, los patriotas experimentados, los súbditos adictos á la dinastía fueron alejados del Gabinete, y en su lugar fueron llamados los republicanos mas exaltados, los hombres mas ignorantes y fanáticos, y algunos milaneses intrigantes. Estos hombres aconsejaron al Rey la adopcion de medidas extremas y ruinosas; de suerte que este Rey, digno de compasion, comprometió la prosperidad de sus provincias hereditarias y la existencia de su propia dinastía.

«La casa de Saboya, con una conducta política poco honrada, ha aprovechado siempre las ocasiones de hallarse ocupada Austria en graves luchas, como sucedió en la guerra de sucesion austriaca, para adquirir alguna parte de la Lombardia. Pero Carlos Alberto es el primero que ha aspirado á la posesion de todo el reino. ¿En qué derechos funda su pretension? En ninguno. Austria posee la Lombardia en virtud de los mismos tratados que dieron á la casa de Saboya el título y la propiedad de la isla de Cerdeña. ¿Se funda en el derecho de conquista? Carlos Alberto nunca ha conquistado la Lombardia. Ha escogido el momento de hallarse el país desguarnecido de tropas para hacer una irrupcion desleal, pero tambien ha sido vergonzosamente rechazado. ¿Seria en el derecho de la libre eleccion del pueblo, de la llamada fusion? Esa fusion no es mas que un acto de rebelion, un acto arrancado ilegalmente y con violencia á un partido; un acto del cual las tres cuartas partes de la poblacion no han tenido conocimiento alguno ni la menor idea.

«Carlos Alberto nunca ha gozado de las simpatías de la Lombardia, ni en la actualidad los goza. Los mismos generales lo declaran. Se había contado con su ejército, con su ayuda; de aquí los cálculos hechos únicamente para satisfaccion de la vanidad. Cuando el ejército fue batido y derrotado, las simpatías han degenerado en odio y en los mas indignos tratamientos.

«Al que quiera conocer el amor de los lombardos á Carlos Alberto le dirémos: «Visitad el palacio de Greppi en Milan, y allí encontraréis las huellas de ese amor en los agujeros que han acribillado la habitacion que ocupaba aquel monarca.» Y añadiremos: Ha huido vergonzosamente, por la noche, de la capital de sus fieles aliados lombardos: un rey tan despreciado no puede ser un rey de la eleccion del pueblo. Nunca rey alguno fue tan indignamente tratado como Carlos Alberto por los milaneses. ¿Cómo puede haber existido, cómo podrá haber todavía lazo alguno de afecto y amistad entre Carlos Alberto y los lombardos? Ambas partes se engañan, y cuando el temido austriaco sea vencido, estos dos aliados esperan deshacerse fácilmente el uno del otro.

«Carlos Alberto trabaja en la ruina de su trono y de su dinastía, como si fuera el principal agente de Mazzini; habiendo sido el mas absoluto de los Monarcas, creyó consolidar su trono adoptando una política vulgar y rastrera. La honradez y la justicia son virtudes sin las cuales nunca un monarca podrá ser digno ni respetado. No hay ejemplo en la historia de que los tronos se hayan consolidado por la deslealtad y el perjurio; y Carlos Alberto no tendrá muy seguro el suyo, despues de haberlo minado por el espíritu de conquista y por una ambicion desmesurada. Confiando en la justicia de nuestra causa y en la bravura de mi ejército, voy derecho contra el enemigo. Ya que nuestra moderacion en la victoria no ha podido mantener la paz, decida por segunda vez la espada. La posesion de Turin hará quizá mas fáciles las negociaciones para la paz.—Radetzki.»

Los acontecimientos de Novara lanzaron al Piemonte en un período de verdadera disolucion social. En Génova fue proclamada momentáneamente la república.

El duque de Saboya, Víctor Manuel, empuñó el cetro, oscurecido por la derrota, en medio de la tempestad de sus súbditos, y con la fatal prevencion que contra él hacia nacer en la opinion pública el rumor creciente en el campamento de que en la conviccion de que si la batalla se perdía fuera él inmediatamente coronado, se había puesto desde la víspera en relaciones con Ra-

detzki; rumor que no contradecía por cierto la favorable actitud y generosidad con que el general austriaco trató al recién entronizado, mancha política en la historia del actual invasor de Roma que no han desvanecido los calculados y maquiavélicos manejos de su reinado.

Es imposible describir la confusión que reinaba en Turin en aquel triste período para la Italia. La demagogia, que había explotado la ductilidad y ambición del rey de Cerdeña, achacaba á la monarquía la responsabilidad de los desastres nacionales, y proclamaba sin embozo que solo con los desechos del trono podía levantarse el edificio de la unidad patria.

Pasemos á

TOSCANA.

Aquel tranquilo y apacible ducado, regido por uno de los mas populares magnates, sintió las agitaciones de la pasión demagógica al impulso de las máximas de Guerazzi, célebre novelista, cuyos fogosos escritos enardecian la sangre ardiente de la juventud. En Liorna estalló el primer motin en demanda del armamento de la guardia cívica y de la libertad de imprenta. Aunque sofocado por de pronto aquel prematuro movimiento, la corriente de la opinión llevó el germen de próximas sublevaciones, cuya bandera fue atendida con la Constitución otorgada en 18 de febrero de 1848.

Á consecuencia de aquella Constitución, el gran duque Leopoldo concedió una amplia amnistía. Guerazzi y Montanelli reconquistaron la libertad de acción, y prosiguieron públicamente sus trabajos revolucionarios.

Leopoldo había dado á su pueblo repetidos testimonios de un espíritu susceptible de doblarse al impulso agradable del aura popular. Por condescender á las reclamaciones de la opinión consintió en borrar de sus títulos el de «alteza imperial de Austria,» bien que los demagogos, no apreciando todo el valor de este sacrificio, y solo recordando los rasgos de su dignidad, estampaban para indisponerle ante su pueblo este juicio malicioso: «Á nuestro gran Duque solo le falta la sotana para ser todo un jesuita.»

En setiembre de 1848 una nueva revolución estalló en Liorna, cuartel general de todos los insurrectos de la Península; Montanelli fue reclamado como gobernador de la ciudad, y el gran Duque consintió en acceder á aquella imposición de las masas, confiando que el natural agradecimiento volvería respetuoso al tribuno.

Empero Montanelli proclamó la necesidad de la *Constituyente italiana*, y Garibaldi, que había acudido con sus huestes á Liorna, le victoreaba con frenesí desdeñando á Leopoldo.

El Ministerio ducal, presidido por Laponi, se retira; la Asamblea constitucional es disuelta; el soberano queda reducido á la impotencia, y es convocado el sufragio universal, de cuyos votos debía salir una Constituyente que había de reunirse en Roma para deliberar, junto con la romana y las por otros países nombradas, sobre el porvenir de la patria.

Mazzini era el verdadero monarca de Toscana, el ídolo de Florencia, la ciudad que en el siglo XVI llevó su piedad al extremo de nombrar á JESUCRISTO *rey de los florentinos*.

Las elecciones se verificaron bajo la presión del tumulto y de las amenazas.

Liorna, que desde el origen de la revolución tenía la iniciativa del movi-

miento, se queja de la lentitud de la capital; reúne sus fuerzas turbulentas, y amenaza invadir á Florencia y dictar la ley desde el palacio Pitti.

El gran Duque, conocedor de las conspiraciones que se tramaban contra su trono y contra su vida, se retira á Sienna, donde recibe las manifestaciones del mas puro cariño de sus súbditos; Florencia le declara fugitivo, y cuando sabe que abandonando á Sienna se ha dirigido á *San Stephano* declara llegada la hora de la emancipación.

Reclaman las turbas inspiradas por Guerazzi y Montanelli la proclamación de un Gobierno provisional compuesto de aquellos dos agitadores con Mozoni.

Las Cámaras acceden á los gritos populares, y el triunvirato se apresura á exhibirse al pueblo. La ovación fue estrepitosa.

La sociedad toscana se hallaba fundamentalmente desquiciada; por doquiera aparecían infames caricaturas del Duque, hasta entonces idolatrado, y en las mas públicas esquinas se leía el siguiente pasquin escrito en grandes caracteres: «En nombre de Dios y del país,

«Considerando que el poder del Papa es una usurpación fraudulenta que pide á gritos venganza,

«Considerando que el Pontífice actual ha dado la santa Comunión al infame asesino Borbon de Nápoles,

«SEA LANZADO ANATEMA AL PAPA PIO IX.»

Bajo estos auspicios comenzó el año 1849.

Mientras la bandera tricolor se enarbolaba en los mas eminentes puntos del ducado, los escudos de armas de Nápoles y de Austria eran arrojados á la hoguera, y derribadas las estatuas de Leopoldo.

Montanelli convocó entonces una doble elección; elección para la Constituyente italiana general, elección para la Constituyente particular toscana.

Ningun pueblo dió jamás pruebas tan manifiestas como aquel de no desear ni querer la revolución. El retraimiento fue casi general, y cuando, á consecuencia de ciertos conatos de reacción, el triunvirato creyó llegada la hora de publicar la ley marcial, condenando á muerte, á las veinte y cuatro horas de ser cogido cualquier reaccionario, una sola persona se prestó á formar parte del tribunal, por lo que no pudo cumplirse la ley.

Entablóse sorda lucha entre los diversos caudillos de la revolución toscana; Guerazzi pretendía establecer un orden de cosas muy diverso del que venia intentado en los programas de Montanelli y de Mazzini; hervían en el país elementos heterogéneos con los cuales era imposible establecer la paz.

Empero el partido republicano, á los pocos meses de haberse puesto en cuestión la autoridad ducal, fue el que reunió bajo de sus banderas mayor número de prosélitos. Las masas no comprenden las sutilezas doctrinarias. Creen ó niegan. Si se les inclina á la autoridad, la acatan con temor y la obedecen á ciegas; porque, si bien no en términos científicos, sin duda alguna por providencial instinto saben interiormente definir la extensa naturaleza del poder. Si se les inclina á la negación de la autoridad, descienden luego, inmediatamente, á la última consecuencia, y rechazan todo simulacro de ella. Las monarquías, fruto de una transacción de principios, no les satisfacen ni imponen; el pueblo tiende á la sumisión absoluta ó á la libertad absoluta, á la monarquía vigorosa ó á la república laxa.

Mazzini se opuso enérgicamente á la confederación de príncipes de Italia:

personificando él los intereses y las tendencias de las masas, no quería la Italia de los príncipes, sino la Italia de los pueblos; pretendía abolir hasta el resto de la perspectiva de autoridad que resultara de la conservación de la soberanía, aunque modificada.

De ahí que, al verse huérfana del gran Duque, la Toscana, ó á lo menos las grandes aglomeraciones de toscanos, se inclinaron á la república.

Liorna, sobre todo, se puso al frente del movimiento democrático; el día 17 de febrero de 1849 la república fue proclamada en aquella ciudad, aunque en Florencia, gracias á las precauciones de Guerazzi, que se hizo nombrar por las Cámaras jefe del Poder ejecutivo, no pudo verificarse la anhelada proclamación.

Tarea difícil es describir las escenas de desorden y los terribles atropellos de que fue teatro aquel país que habia sido hasta entonces uno de los mas pacíficos del mundo.

El insulto, la acometida, el asesinato eran hechos cotidianos; apenas consumado un tumulto empezábase á formular el programa de otro, bien así como tras una tempestad anuncian la de la mañana siguiente las rojas nubes que quedan en la atmósfera revolviéndose.

La verdadera opinion pública se hallaba profundamente disgustada; veía á la vez atropelladas sus tradiciones religiosas, paralizada la industria, en peligro las existencias; por otra parte, los que derruyeron la silla ducal no habian tenido fuerza ni talento para sustituirla definitivamente.

El disgusto de las clases acomodadas del pueblo, de la aristocracia y del clero no tardó en dar sus frutos.

Una sangrienta lucha se trabó en las calles de Florencia entre la guardia nacional y un puñado de liorneses, voluntarios de la libertad, de estos que acostumbran á prodigar á su diosa violentos sacrificios. Guerazzi los llamó para que, apareciendo rodeado de ellos, tuviese un título al respeto de todos los malvados. Resultado de aquel combate fue la saludable reaccion de las masas, alentadas ya con el ejemplo de los magnates.

Guerazzi, reconociendo ser utópica la idea de conservar la anómala é indefinible situación toscana, optó por negociar secreta—y bien podemos añadir, traidoramente—con los agentes del gran Duque. Teniendo en sus manos las dos causas de la política toscana, negociando con los revolucionarios y con los ducales, aguardaba á pronunciarse la hora en que hubiese pasado todo compromiso.

Á mediados de abril de 1849 el pueblo florentino se levantó como un solo hombre para reclamar la reposición del duque Leopoldo, y con él restablecer el antiguo orden de cosas. El conde Digny se puso al frente del movimiento restaurador, que fue secundado por el baron Ricasoli, Caponi, Capuquachi, Torrigiani y otros, los que sintiéndose, y con razon, bastante fuertes para dar el triunfo al gran Duque, desdeñando los servicios ofrecidos por el venal Guerazzi, efectuaron el pronunciamiento sin contar por nada con el jefe del Gobierno provisional.

Al verse desdeñado el pérfido Guerazzi trató de hacer viva resistencia á la entronización de su antiguo Príncipe; convocó la Cámara en el *Palacio viejo*, aunque su convocatoria solo fue secundada por una docena de diputados, á los que propuso un acto de acusación contra el Ayuntamiento de Florencia, del que habia partido la iniciativa de la restauración.

Mas hé ahí que, mientras la acusación se formulaba, el conde Digny penetró en el salón de sesiones, y con arrojo heróico increpó de esta manera á los allí deliberantes: «Vosotros estais decretando un acto de acusación contra nosotros, y cabalmente yo vengo á declararos de parte del Ayuntamiento que estais perdidos. Cambiad al punto de bandera, ó de lo contrario creed en peligro vuestra existencia, ó sino abrid estas ventanas y ved.»

En efecto, los diputados se asomaron, mientras él proseguía: «¿Veis esa inmensa muchedumbre? pues está llamando á su Soberano. ¿Oís estos clamores? Todos os acusan.»

Corto fue el combate y completo el triunfo de los partidarios del gran Duque.

Aquel día fue el último del nombre y del poder de Guerazzi, cuya voluntad se impuso tiránicamente al pueblo florentino, y cuyo absolutismo despótico no pudo sufrir la infeliz Toscana.

El conato de defensa que intentó la ciudad de Liorna no tuvo importancia ninguna.

En el entre tanto los fieles servidores de Leopoldo nombraron una comisión respetable de distinguidos varones que fuéran á notificarle que su autoridad era obedecida de nuevo por su pueblo.

El gran Duque no habia encontrado un lugar mas á propósito para consolarse en la profunda pena que le causara la ingratitude de los suyos, como el que estaba santificado por la sombra del santo expatriado Pio IX. Leopoldo estaba retirado en Gaeta meditando serenamente las vicisitudes políticas de su reinado, que en verdad habian sido muchas, y aprendiendo la práctica de la resignación cristiana en la admirable conducta del Sumo Pontífice, modelo augusto de conformidad á las disposiciones de la Providencia.

La obra de Guerazzi estaba arruinada, desvanecida la de Montanelli y Mozzoni.

El gran duque fue recibido con verdaderos transportes de entusiasmo. Los meses de anarquía transcurridos no consiguieron desarraigar los hábitos de respeto á la autoridad, que en aquel país tenian echadas fuertes y profundas raíces (1).

Las manifestaciones populares á favor del príncipe eran tanto mas sinceras en cuanto el corto reinado de los revolucionarios habia sido sumamente costoso á los intereses del Estado, sin que sus insoportables sacrificios produ-

(1) Cuenta un historiador de los acontecimientos de aquellos días una anécdota que prueba el respeto que infundian á los toscanos los mandatos de sus príncipes.

Cuando la gran Duquesa partió para reunirse á su fugitivo esposo en Santo Stephano, acompañada de sus hijos y familia, del general Sproni, de las condesas Pelagi y Bradi y de Mr. Prebost de Saint-Marc, recorrió el camino de Orbitello, en las afueras de cuya ciudad encontró una muchedumbre instigada por secretos agentes, que clamaban: «Queremos que la Duquesa se pare aquí.»

S. A. empezó á suplicarles cariñosamente dejaran de crearle obstáculos á su marcha; todo en vano, el pueblo persistía en detenerla; á las súplicas de la ilustre fugitiva se oponían ya intimaciones y amenazas.

De repente brilla en la Duquesa una chispa de genio, y levantándose de su asiento, puesta en pié en medio de su carroza, con arrogante aire y soberano acento exclamó: «Atrás, quiero pasar; ya no suplico, mando.»

«Tiene razon, exclamó la muchedumbre, que pase.»

Tan cierto es que el soberano que de veras quiere pasar no es detenido en el sendero; empero la primera condición para no ser detenido es no dejar de ser soberano.